

Semblanza y recuerdo del profesor José M.^a de Azcárate y Ristori

ÁUREA DE LA MORENA BARTOLOMÉ

Escribe Carmen Martín Gaité que hay distintas formas de contar una historia, y una de las más recurridas consiste en que quien lo cuenta participe de aquella historia como espectador, engarzando una serie de secuencias que relaciona con su propia vida. Este tipo es lo que ella denomina *narración egocéntrica*. Bajo este aspecto, y tomando como base mis recuerdos e impresiones, intentaré evocar la figura del profesor José María de Azcárate. Lo que ha supuesto para la historia del arte a través de sus numerosas publicaciones, el impulso que dió a varias empresas para fomentar el estudio y la conservación de nuestro patrimonio artístico y, sobre todo, su vocación docente y presencia activa en la vida universitaria.

Al iniciar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid ya tenía conocimiento de algunos historiadores del arte por conferencias, referencias o lecturas, pero desconocía la figura de Azcárate. Fue en la primera clase de la asignatura de *Historia del Arte* cuando el catedrático Sánchez Cantón al indicar la bibliografía que debíamos utilizar, nos aconsejó como manuales el de don Diego Angulo y el de un joven catedrático, don José María de Azcárate, que procedente de la Universidad de Santiago de Compostela había pasado a la de Valladolid, titulado *Historia del Arte en cuadros esquemáticos*, del cual nos hizo grandes elogios por su organización y síntesis. Estos fueron los dos primeros libros con los que inicié mi biblioteca de estudiante y que tanto me ayudaron, como punto de referencia, a lo largo de mi carrera universitaria al igual que a numerosos alumnos.

Esta primera relación con la obra escrita se continuó con otros libros que publicó Azcárate en los años siguientes, sobre todo el volumen del *Ars Hispaniae* dedicado a la *Escultura del siglo XVI*, materia a la que dedicó gran atención durante su estancia vallisoletana; y *La arquitectura gótica toledana del siglo XV* en la colección Artes y Artistas del C.S.I.C., resumen de su tesis doctoral, de la cual ya había publicado varios artículos anteriormente, en los que analizaba la obra de Hanequin de Bruselas, Juan Guas y otros maestros del círculo toledano. Más adelante tuve ocasión de conocerle personalmente cuando el catedrático de Historia Moderna don

Ciriaco Pérez Bustamente nos llevó al Archivo de Simancas y por la tarde al Museo de Escultura de Valladolid, donde nos acompañó en la visita el profesor Azcárate. Los que formábamos parte de aquel grupo percibimos sus conocimientos y poder de comunicación.

Años más tarde, en 1963, ya terminada la licenciatura me propuse realizar la tesis doctoral sobre la arquitectura gótica en la provincia de Madrid, y al saber que Azcárate se había incorporado a la Universidad madrileña le pedí que fuera mi director, a lo cual accedió iniciándose de esta manera mi relación profesional. Más adelante pasé a ser su ayudante de clases prácticas, lo que me convirtió a partir de aquel momento en testigo de su labor y actividades.

José María de Azcárate había nacido en Vigo en 1919, pero enseguida a causa de la profesión de su padre que era marino, se traslada la familia a Cádiz, y pasada la Guerra Civil a Madrid, compaginando el trabajo con sus estudios en la Universidad, donde cursa la licenciatura de Filosofía y Letras, sección de Historia. Según su testimonio, frecuentemente repetido, en su formación contribuyeron don Enrique Lafuente Ferrari, que le inició en la afición a las bellas artes, el magisterio de don Diego Angulo, que le enseñó a trabajar y le encauzó, y el apoyo de don Manuel Gómez Moreno. En 1949 tras unas brillantes oposiciones obtuvo la cátedra de Historia del Arte en la Universidad de Santiago de Compostela, pasando a Valladolid en 1956, y luego a Madrid en 1963. Tanto en Santiago como en Valladolid dejó su huella docente e investigadora, ocupándose de los aspectos artísticos de estas zonas tan ricas de patrimonio, cuyo resultado se aprecia a través de sus publicaciones al igual que las tesis dirigidas en este tiempo.

La llegada a Madrid de Azcárate supuso un gran impulso en la enseñanza de la historia del arte para aquellos alumnos que iniciaban sus estudios en los llamados cursos comunes de la Facultad de Filosofía y Letras, tanto por su valor pedagógico como por el ritmo que marcaba en las lecciones teóricas que acompañaba con dibujos esquemáticos y comentarios a las diapositivas proyectadas. Se añadían por la tarde clases prácticas en grupos reducidos, otras sobre la pintura del Museo del Prado, y seminarios en los que participaban también los estudiantes y los ayudantes de la Cátedra. Gracias a este esfuerzo era posible que los alumnos —sumaban entre los dos grupos cerca de cuatrocientos— tuvieran una visión general de la asignatura, descubriendo poco a poco el vocabulario técnico, las bases temáticas y metodológicas de la disciplina. Se completaba con excursiones a lugares cercanos Toledo, Ávila, Segovia, Guadalajara, etc., y otra de varios días generalmente a Andalucía. El estudiante entraba en contacto directo con la obra de arte a la que situaba en su ambiente, estimulándose de esta manera a conocer otros pueblos y ciudades. Además, Azcárate hacía resaltar una serie de valores sociales que comportaban estas salidas bajo el aspecto humano, lo que señala en *Cómo preparar una excursión* (Didáctica de la Historia, 1963), cuando escribe: «el simple hecho de “salir” de excursión, de romper con lo cotidiano, de convivir unas horas con los escolares y de ofrecerse tanto el profesor como los alumnos fuera de su habi-

tual ambiente son aspectos fundamentales que contribuyen a un mejor conocimiento mutuo... Así mismo, la excursión como tal se ofrece al alumno como una ocasión de la práctica de la convivencia social; a la integración del alumno con sus compañeros con un grupo, dentro del ambiente extraño de una ciudad diferente».

Su fama de buen profesor y su dedicación universitaria fue conocida rápidamente en la Facultad, por lo que se sumaron a su persona otras tareas. En 1967 es elegido decano, cargo en el que permaneció hasta 1970. Esta etapa fue una de las más conflictivas de la vida universitaria española, reflejo en gran parte los problemas del país. Azcárate tuvo que capear temporales, resolver dificultades en todos los ámbitos, mostrando un gran coraje en la forma de afrontarlas con energía y tacto, pero mostrando al mismo tiempo una gran afabilidad, enmascarada en ocasiones de un aire distante que fue una de las características de su persona. Coincidiendo con estos tiempos tan revueltos políticamente, dió paso en su decanato a nuevas enseñanzas y especialidades que eran demandadas por la sociedad, como la de Psicología y la de Historia del Arte, para lo que fue necesario nuevas estructuras y profesorado. Otra novedad, fue la implantación del horario nocturno, pudiendo acceder a la Universidad aquellos que tenían dificultades por causa de su trabajo. También hay que incluir en esta época la anexión del edificio que fue de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, ante el incremento del alumnado y necesidades del profesorado. La Biblioteca fue una de sus preocupaciones constantes; se aumentó la dotación de su presupuesto y se crearon dentro de ella secciones especializadas como la de Historia del Arte.

Trabajador infatigable en el conocimiento del arte español como ya había hecho patente en la publicación de los tres volúmenes dedicados a los Monumentos Histórico-artísticos (1953-54), es nombrado subcomisario del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, y más adelante Jefe del Servicio de Información Artística, organismo recién creado en la Dirección General de Bellas Artes. Este Servicio tenía el fin fundamental de realizar los inventarios artísticos de las provincias españolas. Dentro de una visión universitaria fueron organizadas diferentes secciones coincidentes con los antiguos distritos universitarios que estarían dirigidas así por los catedráticos correspondientes. Señala Azcárate en el prólogo del *Inventario de la provincia de Madrid*: «Bajo la dirección de estos catedráticos se recababa la colaboración de jóvenes licenciados en periodo de especialización en Historia del Arte que al mismo tiempo que completaban su formación constituirían el eje de futuros equipos». En aquel tiempo se ejecutaron y publicaron los de Madrid, Valladolid y Teruel, iniciándose otros que fueron terminados más adelante; entre ellos el de Guadalajara, realizado bajo su dirección al igual que el de Madrid, donde intervinimos varios licenciados y profesores.

En 1969 pasa a ocupar la cátedra de Historia del Arte Medieval, materia que había centrado gran parte de su investigación y publicaciones. Al terminar su decanato es nombrado Vicerrector, cargo en el que permanece hasta 1972. El trabajo

universitario no cesa en los años siguientes. Crea el Departamento de Arte Medieval, iniciando varios archivos, entre ellos el fotográfico, el documental y un fichero de artículos de revistas, que serán punto de partida para la elaboración de trabajos, memorias de licenciatura y tesis doctorales. Hay que señalar también su intervención en la creación del Comité Español de Historia del Arte, del que llegó a ser presidente. Su preocupación por el quehacer universitario le lleva por segunda vez al decanato, de 1981 a 1986, acometiendo una serie de obras para mejorar la infraestructura de la Facultad, lo que fue continuado por sus sucesores. Nombrado profesor emérito tras su jubilación, continuó impartiendo cursos de doctorado y dirección de tesis, alternando con sus trabajos en la Real Academia de San Fernando, hasta que sus fuerzas y salud se lo permitieron.

Extendió su magisterio a otros ámbitos universitarios como los cursos de Estudios Hispánicos para extranjeros, o los de las Universidades Americanas que se imparten en la Complutense; al igual que en los Cursos de Verano de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. También hay que reseñar sus intervenciones en ciclos de conferencias en el Colegio de Licenciados, en el Museo del Prado, etc., inculcando y divulgando a través de ellos el conocimiento del arte español.

A través de sus numerosas publicaciones denotó una gran diversidad de objetivos, mostrando sus sólidos conocimientos, perseverante investigación en los archivos, inquietud por el saber, incansante búsqueda y curiosidad. Ningún detalle se le escapaba para la identificación de la obra de arte, debido en parte al estudio directo, sagacidad, memoria visual y capacidad de relacionar similitudes, añadiendo un sentido crítico y rigor de argumentación. Hay que destacar su profundidad en el análisis y al mismo tiempo su poder de síntesis, lo que le permitía conseguir una clara sistematización del tema. Sus principales estudios se sitúan en el arte medieval, sobre todo en la etapa gótica, desde el periodo tardío con el que se inicia su actividad investigadora a los principios del estilo en el *Protogótico hispánico*, que fue el discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y sus consecuencias y valoración en épocas posteriores. Resumen de sus amplios conocimientos es el *Arte gótico en España*, publicado en Manuales de Arte de la Editorial Cátedra (1990). Ya desbordando el marco de la Edad Media, su interés por las distintas expresiones del arte y del pensamiento de todas las épocas le llevó a otras publicaciones entre las que sobresalen las dedicadas al Renacimiento como la ya citada de la *Escultura del siglo xvi*, en la colección *Ars Hispaniae*, o la de *Alonso Berruguete*, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1961, a las que hay que añadir varios estudios sobre el Barroco y el Arte Contemporáneo. Los aspectos iconográficos fueron motivo de algunas de sus investigaciones desde época temprana, como *El tema iconográfico del salvaje* (1948), *El Expolio de El Greco* (1954), *La Puerta de las Platerías* (1963), etc. Su gran conocimiento del arte castellano se refleja en los capítulos correspondientes de los dos volúmenes dedicados a Castilla la Nueva de la Colección Temas de España de la Fundación Juan March. Otro

aspecto que no se puede olvidar son los manuales, publicándose en 1946 la *Historia del Arte* (EPESA) que ha conocido trece ediciones, la dirigida a los estudiantes universitarios de la UNED y su participación en la de la Editorial Anaya, orientada para los alumnos del COU.

Por su labor universitaria y sus trabajos en defensa del Patrimonio Artístico ha merecido el figurar en prestigiosas corporaciones, tomando parte activa en la vida cultural española. Fue Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando donde desempeñó el cargo de conservador de sus colecciones y miembro de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos; y correspondiente de las de Barcelona, Sevilla, Cádiz entre otras. Miembro de la Academia de San Dámaso de la Archidiócesis de Madrid, del Instituto de Estudios Madrileños, de la Hispanic Society de América... Consejero de número de la Junta de Gobierno del Patronato Menéndez y Pelayo del C.S.I.C., Vocal de los Patronatos de los Museos del Prado, Arqueológico Nacional, Alhambra, Nacional de Escultura de Valladolid ... Obtuvo diversos honores entre ellos los de la Orden de Alfonso X con el título de Magister, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, Insignia de Oro de la Universidad de Santiago y Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante.

He intentado por todo lo dicho destacar el papel que tuvo Azcárate como docente e investigador; su figura no puede ser ignorada por los estudiosos del arte español, como tampoco su proyección en el ámbito universitario o en la conservación del Patrimonio Artístico, fines que se propuso en su vida como destacó con sus propias palabras en el discurso de ingreso en la Real Academia de BBAA de San Fernando: «... las tareas docentes universitarias han sido mi primordial y casi diría mi única labor ...», y más adelante «... encontrareis una voluntad encaminada a lograr la mayor defensa del tesoro artístico que nos han legado nuestros mayores, y apoyándose en ellos sentar las bases para una proyección para el futuro, pues no basta sólo defender sino encauzar y estimular». Si analizamos los resultados estas metas propuestas fueron conseguidas, ya que a lo largo de tantos años de docencia enseñó a centenares de alumnos no sólo a conocer el hecho artístico, su evolución estilística, situándole bajo los aspectos iconográficos, religiosos, históricos, políticos y sociales; el arte de saber ver y relacionar. Supo despertar la curiosidad y abrió nuevos cauces de investigación, animando a estudiar nuestro patrimonio artístico como se refleja en la serie de trabajos de investigación, memorias de licenciatura y tesis doctorales que se realizaron bajo su dirección.

Además de lo expuesto, me gustaría destacar que fue realmente un ejemplo de ética, honradez y sentido del deber, virtudes que eran pecibidas por todos los estamentos que integraban los distintos niveles en la Universidad, tanto docentes como administrativos y de servicios. Otro aspecto a contemplar era su talante humano, dando en la primera impresión una sensación de lejano y distante, como dije anteriormente, pero que al conocerle resultaba cercano y cordial, de una gran

generosidad, estaba siempre dispuesto a proporcionar ayuda en el nivel científico o en el personal. Por todo ello, quiero expresar en mi nombre, y creo que también sería extensivo a todos los que fueron sus discípulos, la gratitud por lo que recibimos de su saber, sus consejos, apoyo y estímulo en nuestras tareas y trabajos. El Profesor Azcárate se nos ha ido en silencio en Julio del año 2001 pero su recuerdo permanecerá dentro de la Universidad por su dedicación y entrega. Gracias, Magister.